

# ZARZA

JUANA CLAVERO MOLINA

---

Los presentes relatos pertenecen al libro *Zarza*, de Juana Clavero Molina, un conjunto de historias que narran el periplo que realizó con su familia, en una furgoneta, de Zarza la Mayor a Irún, en enero de 1965.

En este viaje, con una prosa cercana y una doble estructura narrativa, la autora nos va desgranando los paisajes de Extremadura, llenos de jara, encinas y aguas medicinales; su gastronomía, como el estofado de perdices, las floretas o los pestiños; y las actividades típicas de la época y el lugar, como la matanza del cerdo, la curación del queso, el contrabando desde Portugal, la construcción de los chozos, el curar la luna o el ir a la fuente por agua e iniciar los primeros romances.

Cada relato es una escena de Zarza la Mayor en los años cincuenta y sesenta, vistas como una aventura a los ojos de una niña; una pequeña zarceña que recuerda y migra con su familia de su pueblo natal, como tantas otras hicieron.

## ANTES DE PARTIR

Hace mucho frío, se nota en el ambiente. Tengo la nariz helada. Aunque la tengo tapada con la ropa de la cama la noto fría. Es de madrugada, no he podido dormir. Cuánto tardan en llamarnos, ¿se habrán quedado dormidos? La casa está en silencio, casi vacía. De tantas habitaciones, sólo a dos les queda una cama. Los colchones sobre los que dormimos tendremos que enrollarlos y colocarlos en el zaguán, donde están apelotonados todos los bultos que nos tenemos que llevar. Mi colección de sellos se la he dejado a Seve como recuerdo. Tengo muchos pegados en las hojas de un cuaderno y abultan bastante.

Oigo pasos, abren la puerta, parece que se acerca alguien y pregunta:

—¿Ha llegado ya?

—Todavía no —contesta mi padre.

Con pasos silenciosos mi madre sube las escaleras, entra en la sala y cuidadosamente corre la cortina de la alcoba, se me acerca y me dice al oído:

—Levántate que tenemos que recoger.

—¿Quién ha venido?

—La tita María. Papá está preparando el café para desayunar las bolluelas<sup>1</sup> que ha traído.

—¿Cuánto tiempo tardará en llegar? ¿Tardará mucho?

—Poco, estará a punto de llegar. Hace frío, ponte el refajo.

Mamá baja de nuevo. Mientras me visto recorro con la mirada la alcoba, sólo está la cama. Cuando salgo la sala está vacía. Bajo las escaleras corriendo. En el zaguán me tropiezo con una maleta y sigo corriendo por el pasillo hasta la cocina. En la mesa está el desayuno. Mis padres, mi hermana pequeña y la tita están sentados alrededor de la mesa. Esperan. La puerta de la calle se abre, llegan tita Esperanza, tito Emilio y tita Adela.

—Justo, Chon, ¿dónde estáis?

—Estamos en la cocina.

—¿Queréis un café?

—¡Parece que tarda! —dice la tita Esperanza.

—Sí y tiene que ir todavía a cargar donde la Rufina —comenta mi padre.

Se hace el silencio. De golpe se abre la puerta de la calle y entra un hombre frotándose las manos.

—Ya estoy aquí, ¿dónde cargo primero?

—En casa de la otra familia, ya te acompaño —responde mi padre.

Mientras, se van acercando a despedirnos los familiares y amigos, a pesar de la hora y del frío que hace.

<sup>1</sup> Dulce de bizcocho, con forma redonda y aplastada.

—¡Ay, ay! Rica mía, ¡qué pena! ¡qué pena! —dice la Paula.

—Tened mucha suerte —dice la Amparo.

Mis titas lloran, mi madre y yo también. Como no puedo soportar la congoja y la pena que siento dentro de mí, empiezo a recorrer la casa en la que tanto tiempo había vivido. Subo al desván, está vacío, está muerto. Hemos tenido que deshacernos de todos los objetos acumulados y guardados durante tanto tiempo, unos a la basura y pocos al desván de la tita María.

El desván era el lugar de la casa donde más nos divertíamos jugando, mi hermana y yo de pequeñas. Era muy grande, estaba dividido con pequeños tabiques de ladrillo en diferentes apartados que antaño debieron de servir para guardar el grano de la siega. Nosotros guardábamos todas las cosas de mis abuelos y las nuestras que ya no se utilizaban. Allí podíamos encontrar de casi todo: instrumentos que utilizaban para trabajar en las minas, donde mi abuelo Julián era capataz; luces, alambres, aisladores, tulipas... Todo lo que mi padre utilizaba para su trabajo, de electricista. En otro, había una estantería con muchos libros, libros de radio, manuales de conducir, de técnica de operador de cine, de cuentas, fotografías, manuscritos; en el suelo una gramola, aparatos de radio, maletas, mesas, sillas, zapatos, botas y ropas viejas. En otro, la leña que utilizábamos para hacer la lumbre. En el suelo quedaba la marca oscura que deja la leña al quemarse. Cuántas cosas se hacían alrededor de ella.

## LA BUENA CONDUCTA

Tan abstraída estaba en mis pensamientos que no me percaté de que la conversación estaba centrada en los motivos de nuestra marcha, ya que mi madre decía:

—Muchas veces le he dicho que nos tenemos que ir, que de esta gente no te puedes fiar, que ya sabes lo que te hicieron con lo del Papa, Justo, ¿es verdad?

—Verdad es, pero cuando tienes el trabajo fijo, seguro, los jefes que solo aparecen de vez en cuando, las necesidades de la familia cubiertas no tienes motivos para salir a buscarte la vida. Pero esto ha podido conmigo. Muy difícil fue, cuando mataron a mi padre, tener que entrar en sus casas para cobrarles y arreglarles la luz. También cuando me metieron en la cárcel, pero con el tiempo lo superas, pero esto que les han hecho a mis hijas no he podido aguantarlo.

—Con lo contentos que estábamos, que todos habíamos aprobado el examen y con el tiempo que mis hijas llevaban atendiendo el locutorio, cuando las telefonistas se iban a misa o al cine y lo que ha andado esta criatura cuando llegaba algún aviso o tenía que repartir las guías —decía mi madre.

—Yo lo hubiera entendido si lo hubieran solicitado como nosotros y la telefónica les hubiera hecho el examen, aunque nuestras hijas por la relación que manteníamos con las telefonistas habían aprendido a llevarlo bien como todo el pueblo sabe, pero de la forma que lo han hecho... —decía mi padre.

—¡Mira, que no querernos dar el certificado de buena conducta! Pero si hasta los jefes de la telefónica que vinieron a hacernos el examen no lo podían entender —decía mi madre.

—El capitán de la guardia civil me decía: «Justo, no puedo hacer nada, han dicho que no sois de confianza, porque a tu padre lo mataron por rojo y la Chon tiene a su hermano exiliado en Francia por lo mismo.»

Cuando las telefonistas decidieron dejar el locutorio, mis padres lo solicitaron pensando que para sus hijas era la mejor forma de trabajo que podían tener. Hicieron la solicitud correspondiente, la telefónica nos hizo el examen de matemáticas, escritura, lectura y redacción a mis padres, a mi hermana y a mí. Superado el examen, quedaba pendiente de presentar la documentación correspondiente: certificados de buena conducta, de empadronamiento, del servicio social que mi hermana tuvo que hacer, que por la edad que tenía le exigían, etc.

Otra persona con mucho poder y sin escrúpulo, pensó que ese puesto de trabajo tenía que ser para su familia. Como no podía apoyarse en otra cosa, impidió que nos dieran el certificado de buena conducta.

El día que mis padres se enteraron, fue la primera vez que vi a mi padre llorar. Se metió en la alcoba y no salió hasta el día siguiente y eso que toda la familia estuvo en casa y se hicieron pucheros de tila para calmar los ánimos. Al día siguiente cuando mis padres se levantaron nos dijeron:

—Mañana nos vamos a Irún, a buscar trabajo. Esperanza, tú te vienes con nosotros y vosotras —mi hermana Concha ya había nacido— os quedáis en casa de la tita María.

Antes llamaron por teléfono para decírselo a la tita Flora, que era la mujer del tito José. Hace años se tuvieron que marchar del pueblo porque el negocio del taxi que el tito José tenía no le daba para alimentar a la familia.

Era una familia muy grande, tuvieron cinco niñas y por fin en el último embarazo les nació el niño que tanto habían ido a buscar. En Irún encontraron trabajo, pero el tito José, al poco tiempo de llegar murió de una enfermedad al corazón como la abuela Vicenta.

Quince días tardaron en volver mis padres, a buscarnos a mi hermana Concha y a mí. En poco tiempo la casa quedó vacía y las cosas más elementales que necesitábamos empaquetadas para partir.

En los días que estuvieron en casa de la tita Flora, mi madre se dedicó a buscar una vivienda, por lo que nos contó, le costó mucho encontrarla. Sólo le alquilaban una habitación pequeña con derecho a cocina, donde no cabíamos, aunque nos metiéramos apretujadamente. Mucho pateó hasta que le alquilaron dos habitaciones con derecho a cocina.

Mi hermana, como era joven, enseguida encontró trabajo. A mi padre le costó un poco más por la edad que tenía, pero lo encontró en San Sebastián como instalador electricista y, los fines de semana, en un cine de Irún para pasar las películas, como hacía en el pueblo.